

*cubos, y cuatro hombres se ocupaban en vaciarlos en un acueducto en el momento mismo de la ejecucion.”*¹

“Los agentes de los triumviros comenzaron por hacer quince personas en su carreta homicida. A poco hacinaron en ella treinta, hasta llegar al número de ochenta. Cuando la muerte de Robespierre vino á librar al género humano de aquellos lobos carniceros, estos tenían ya tomadas sus disposiciones para despachar de una vez ciento cincuenta víctimas al suplicio.

“Todos los días, como á las tres de la tarde, descendían del tribunal largas procesiones de víctimas, y atravesaban lentamente bajo prolongadas bóvedas los sombríos corredores en medio de los presos formados en valla para verlas pasar. De este modo ví desfilar cuarenta y cinco magistrados del parlamento de París, treinta y tres del parlamento de Tolosa, treinta arrendadores generales, los veinticinco primeros comerciantes de Sedan. Ví una multitud de mugeres, las mas hermosas, las mas jóvenes, las mas simpáticas, con las manos sujetadas por esposas crueles, adornado el cuello con una argolla espantosa, caer confusamente en aquel abismo de la Conserjería, de donde salían por docenas para regar el cadalso con su sangre.

“Ví á veinte mugeres del Poitou que en su mayoría eran unas pobres aldeanas, y que fueron asesinadas todas á un tiempo. Se me figura estar viendo todavía estas víctimas desgraciadas, tiradas en el patio de la Conserjería, rendidas por el cansancio de un viage larguísimo y durmiendo en el suelo. Sus miradas, en que no se descubría conocimiento alguno de la suerte que se les esperaba, se asemejaban á los de los bueyes hacinados en el mercado, y que clavan una mirada que no revela inteligencia en los objetos que los rodean. Todas fueron guillotinas.

¹ Riouffe, páginas 75 y siguientes.

“He visto algunas que eran nodrizas y á quienes se les arrebatában sus hijos en el instante mismo en que estos se amamantaban con una leche cuya fuente iba á secar el verdugo. ¡No ví ántes del 9 thermidor conducir á la muerte á mugeres á quienes habían declarado los médicos embarazadas?

“En una *hornada* ví lo que la naturaleza presenta de mas adorable. Catorce muchachas de Verdun, de un candor sin igual, que parecían tiernas vírgenes adornadas para una fiesta y que fueron conducidas todas juntas al cadalso. Al día siguiente de su muerte, el patio de las mugeres parecía un camellon despojado de sus flores por la tempestad. Nunca se víó entre nosotros un disgusto semejante al que causó este acto de crueldad tan inicua.”¹

Al leer estas atrocidades, no falta quien inculpe al clero con estas espresiones que para muchos tienen constatacion: “los monstruos que cometieron semejantes crímenes eran discípulos de los jesuitas ó de los oratorianos, de los barnabitas, de los sacerdotes regulares y seculares!”—No, mil veces no. Es cierto que salieron de sus manos; pero es falso que hubiesen sido *educados* por ellos. Eran discípulos de los paganos á quienes se asemejaban en todo y por todo. *Cuando una generacion se ha estraviado en su camino*, dice Mr. Guizot, *se pregunta desde luego por quién fué educada*: tales maestros, tales discípulos.

Agreguemos en honor del nombre frances, que la naturaleza humana abandonada á su propia perversidad no es capaz de tanta maldad. Así como en los héroes del cristianismo, los milagros, hijos de la virtud, exigen una comunicacion directa y abundante con el Espíritu Santo; así tambien los prodigios del crimen en los héroes del paganismo suponen la intervencion directa del espí-

¹ Id. id.

ritu infernal. Pero igualmente, así como la comunicación de la gracia por abundante que sea, no disminuye la libertad de los santos, de modo que tienen todo el mérito de sus obras, así también la influencia del espíritu maligno de que se han hecho esclavos, no priva de la libertad á los malos; de suerte que cargan siempre con toda la responsabilidad de sus crímenes.

Si los letrados revolucionarios asistían con ansiedad al espectáculo de la guillotina, el pueblo también, como debe suponerse, concurría allí, en masa. Desde que se suprimió el sacrificio divino, el suplicio del hombre vino á ser el holocausto de la nueva religión. A las formalidades de costumbre se unían á veces *ceremonias* más solennnes en las cuales cifraban los espectadores su mayor placer y diversion. Era como la muerte de los gladiadores de la antigua Roma, á la que precedían con frecuencia circunstancias muy propias para divertir *al pueblo-réy*.

El 10 de Noviembre de 1793, á petición de Fouquier Tinville, fué condenado á morir en medio de sus gobernados, Bailly, antiguo corregidor de Paris, antiguo presidente de la famosa sesión del juego de pelota en los estados generales. Lo hacen subir á la fatal carreta con las manos ligadas tras de la espalda, lo arrastran lentamente al campo de Marte donde se hallaba dispuesta la guillotina. No es posible referir todos los padecimientos y ultrajes que se le hicieron sufrir durante aquella larga travesía. Lo escupieron, lo llenaron de lodo; se acercaban hombres furiosos para herirle á pesar de la oposición de los mismos verdugos que se indignaban al ver tanta exaltación. Una lluvia fría que caía á torrentes, aumentaba el horror de aquel cuadro. Habían fijado una bandera encarnada en la carreta, para hacerla girar y quemarla por mano del verdugo, con arreglo á la sentencia pronunciada contra Bailly, y ántes que éste fuese ejecutado. Mas aquellos caníbales la hacen pe-

dazos; y empapándola en el caño, la aplican con violencia al rostro del infeliz.

Pero en el campo de Marte se le esperan nuevos tormentos á la víctima. Viendo el populacho que no es aún bastante largo el suplicio del antiguo corregidor de Paris, lo obliga á apearse de la carreta, y que dé la vuelta á pié á todo el cercado del campo de Marte. No satisfechos todavía los caníbales, después de haber terminado aquel terrible paseo, inventan *otra clase de diversion*. Exigen de los verdugos que desarmen todas las piezas de que se compone la guillotina, y los obligan á trasladar el cadalso á un depósito de inmundicia que había á orillas del Sena. Los monstruos obligan al desgraciado á que lleve sobre sus hombros, á pesar de estar agotadas sus fuerzas, las pesadísimas planchas de aquella máquina sangrienta. Bailly sucumbe bajo aquel peso enorme, y el populacho desahoga su alegría con una risa feroz. En fin, los verdugos cargan en la carreta aquel instrumento de muerte, y Bailly cubierto de ultrajes y de lodo, espera que vuelvan á erigir el cadalso.¹

Al saber estos detalles el clásico Riouffe, dice: "Murió Bailly como el justo de Platon ó como Jesucristo. Si se nos pregunta cómo es que estábamos tan enterados de los pormenores de cada ejecución, diremos que nos lo comunicaba el verdugo, quien jamás dejó durante todo un año, de ser llamado todos los días á nuestro horrible mansion, y refería á los carceleros aquellas circunstancias abominables."²

Toda religión necesita un culto, víctimas, templos y altares. En la religión del hombre, el paganismo antiguo escogió al hombre por su víctima: sus altares y sus templos eran los dolmenes, los circos, los anfiteatros; sus sacrificadores los tigres y los leones, ó bien hombres mas

¹ Véanse las prisiones de Puerto-Libre, p. 140.

² Memorias, p. 63.

feroces que estas fieras. El hombre pagano concurría con placer á estos sacrificios humanos, veneraba los altares en que se consumaban, y los leones de Numidia convertidos en sus sacerdotes, estaban amparados por la ley.

Habiéndose vuelto pagano, el hombre revolucionario saquea los templos de Dios, mata á sus sacerdotes, suprime su culto, suspende el sacrificio de la víctima divina, y arrastrado por una ley fatal, él mismo se forma su religion. Tiene sus templos: la plaza de la Grève, la de la Revolucion; las víctimas son sus semejantes; su altar la guillotina; su misa la ejecucion; sus sacerdotes los verdugos. Asiste en masa á esta misa sangrienta; honra al verdugo; † venera, adora el altar; y el culto de la guillotina reemplaza la adoracion de la cruz. La llama *santa*, la llama su *señora*. Los plateros, los ebanistas y grabadores se ocupan en reproducir la imágen de la *santa* en todas sus formas, en toda clase de maderas ó metales, y al alcance de todas las fortunas.

Las mugeres la llevan en los aretes, los hombres en sus fistoles; este posee una de plata que sirve de adorno á su chimenea; aquel compra una de caoba; la coloca sobre una mesa y la hace funcionar para divertirse y entretener á sus amigos; otros en fin, la trasladan al teatro en el *Ambigú*, se ve guillotinar á los cuatro hijos de la familia Aymou² y en el teatro de los *sans-culotes* obsequian al público con la *guillotina de amor*.

1 Le concede derechos de ciudadano, en dos ocasiones distintas le aumenta sus honorarios, lo convida á su mesa, lo proclama el vengador del pueblo, etc.

2 Además de los documentos que hemos citado, véanse la *Historia del Directorio* por Mr. Granier de Gassagnac, t. I. p. 30; *las actas de los apóstoles* núm. 27, p. 12; Nodier *React. thermidor*, p. 80; *dictámen de Courtois acerca de los papeles de Robespierre*.—En esta última obra se lee en la página 22, edicion del año III: "Gatteu tenia por sello una guillotina cuya impresion se ve todavía en el lacre con que cerró una de sus cartas. Hu-

Concluyamos tan tristes, si bien elocuentes pormenores, con cuatro palabras tocante al origen de este instrumento de suplicio que adquirió tanta fama.

1º La guillotina se usaba entre los espartanos y los romanos. Un autor antiguo, Aquiles Bocchi, publicó en Boloña en 1555 una obra titulada *Symbolica quæstiones de universo genere*; el décimo octavo de estos símbolos representa á un espartano en el momento en que va á ser ejecutado por medio de una guillotina. Dos gradados alemanes de la misma época (1550 y 1553) uno de Jorge Pentz, otro de H. Aldegrever, representan el mismo instrumento de suplicio. El segundo indica con la palabra *Manlius* el suplicio del hijo de este romano inexorable que quiere que se cumpla con la disciplina militar. De la voz *Manlius* parece derivar la palabra *mannia*, con que el italiano del siglo diez y seis designa á la guillotina. El autor inglés Randleholme, en su *Academia de los escudos de armas*, dice en los mismos términos que los romanos decapitaban á los criminales sobre un tajo colocado entre dos pilares en cuya parte superior estaba metida una cuchilla que resbalaba por los engaces abiertos á lo largo de los dos apoyos laterales." 1

2º En toda la edad media hasta el renacimiento no se encuentra la menor señal de la guillotina. Este género de suplicio en que acostado el hombre sobre una plancha, es degollado como un animal, pareció sin duda en aquella época demasiado material y muy poco en armonía con la idea de expiacion con que considera el cristianismo la muerte del culpable.

3º Llega el renacimiento, del paganismo, y vuelve á

bo artistas bastante degradados para grabar en la ágata el signo del suplicio tan multiplicado ya en nuestras plazas; y ojos baastantes feroces para complacerse en ver á todas horas la reproduccion de este signo bajo la impresion del sello."

1 *Dictámen de Courtois sobre los papeles de Robespierre*.

aparecer la guillotina. El primer ejemplar de degollación por medio de la guillotina se verificó en Génova el 13 de Mayo de 1507 en la persona de Demetrio Giustiniani, sentenciado á muerte por haber escitado al pueblo á rebelarse contra Luis XII. El cronista Juan d'Authon habla de ello en estos términos: "Habiendo llegado al lugar del suplicio, estendió el cuello sobre el maderage; el verdugo tomó una cuerda á la que estaba amarrado un pedruscon del que pendia una cuchilla muy afilada llena por dentro y que bajaba desde arriba por entre dos pilares; y habiendo tirado de dicha cuerda, el pedrusco cortante se desprendió sobre el genoves cogiéndole entre los hombros y la cabeza, y esta fué rodando en una direccion miéntras el cuerpo cayó al otro lado."

4º El doctor Guillotin no tuvo parte alguna en el plano ni en la construccion de la máquina que lleva su nombre. Siendo diputado de los estados generales pidió la reforma del Código penal, y propuso una máquina para decapitar, *que hace saltar la cabeza en un abrir y cerrar de ojos y no hace padecer*; pero no dijo mas. La ligereza del orador, que hizo reir á la asamblea, no la echó en saco roto Lepelletier, redactor de las *actas de los apóstoles*. Este periodista satirizó á Guillotin y á su máquina, á la que puso el nombre de *guillotina*. El primer modelo del fatal instrumento se debe á un tal Schmidt, fabricante de pianos en Estrasburgo. Lo probaron en Bicetre el diez de Abril de 1792 con tres cadáveres. El doctor Louis, secretario de la academia de cirugía propuso algunas modificaciones. He aquí la razon de que la guillotina se llamase al principio *Luiseta*. Pero gracias á las coplas de Lepelletier, volvió á tomar su primer nombre con gran sentimiento del doctor Guillotin que murió en Paris el año de 1814. ¹

1 Véanse las *Obras* de Parent-Duchatelet; las *Anécdotas sobre los decapitados*, Paris 1796; el *Monitor* del 9, 11 y 15 de Noviembre de 1795; las *cartas* del profesor Semmering, Jorge

De estos y otros mas pormenores, resulta que el paganismo ha vuelto á las sociedades modernas, no solo con sus ideas políticas, filosóficas, religiosas y sociales, con sus artes corrompidas y corruptoras, con sus democratas y triumviros; sino tambien con toda su comitiva de usos, nombres, costumbres y teatros, sin exceptuar uno solo de sus distintos géneros de suplicios. Por lo demas, ¿no es muy uatural que despues de haber imitado en su vida á los griegos y romanos hasta donde se lo permitieran sus fuerzas, haya querido el hombre revolucionario, ya sea á sabiendas ó por instinto, asemejárseles tambien en la muerte?

Wedekind, Lepelletier; las *Averiguaciones históricas y fisiológicas acerca de la guillotina*, por Ledillot, 1795; *Id.* por Dubois 1843; *Id.* en la *Revista británica* de Diciembre de 1848 *Cosas notables de las tradiciones*, por Lalanne, 1847.